

La isla de los libros andantes

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA

1.ª edición: febrero 2018

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2018
Autor representado por IMC Agencia Literaria
© De la ilustración: Helena Pérez García, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3621-7
Depósito legal: M-32962-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

La isla de los libros andantes

Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Helena Pérez García

ANAYA

Índice

El hijo del capitán	11
Lección de geografía	21
A bordo del <i>Antílope</i>	30
Rumbo a Oriente	41
En busca de Lemuel Gulliver	51
El mar de China	64
<i>Terra Australis</i>	73
La isla de los libros	87
El joven Gulliver	101

El tiempo libre lo pasaba leyendo a los mejores escritores antiguos y modernos, pues disponía siempre de un buen número de libros. Y cuando desembarcábamos me dedicaba a observar las costumbres y el temperamento de los habitantes, así como a aprender su lengua, cosa que se me daba muy bien por mi buena memoria.

Los viajes de Gulliver. JONATHAN SWIFT

El hijo del capitán

De mi madre, Mary Burton, heredé los ojos verdes y la pasión por los libros. De mi padre, el capitán Lemuel Gulliver, la alta estatura y el amor por los viajes.

Vivíamos en una casa de tejas rojas en Redriff, Londres, junto al ancho Támesis. Solo tenía que alzar un poco la cabeza y, desde mi cama, en la buhardilla, veía los mástiles relucientes de los barcos que se deslizaban por el río. A veces, cuando mi padre estaba ausente, me preguntaba si volvería en uno de ellos.

Abajo, en el salón, se encontraban los libros. Había una estantería llena. Y no estaban encerrados en armarios, como en las casas de los ricos, ni tampoco cargados de cadenas, como los que he visto después en la catedral de Hereford, sino libres y a mi alcance.

Siendo yo muy chico, y cuando aún andaba a gatas, ya jugaba a vaciar los estantes más bajos. Empujaba los libros hasta el borde, los dejaba caer e intentaba apilarlos. O bien, acostado en el suelo, rodaba sobre ellos y mordisqueaba los cantos, como hacen los cachorros.

Luego me dio por cogerlos y echarlos dentro de un gran jarrón de porcelana, blanco y azul, que mi padre

había traído del lejano Oriente y que se usaba para guardar paraguas y bastones. Como el jarrón era más alto que yo y no podía atisbar el interior, creía que cuanto caía allí desaparecía para siempre.

Pero no era así, claro. Cuando los libros rebasaban el borde, mi madre y mi tía Annie, que vivía con nosotros, los sacaban y volvían a colocarlos en sus estantes, para que yo empezara de nuevo.

También me aficioné a ilustrar los libros con mis garabatos. Me daban hojas en blanco para que las emborronase, pero yo prefería las páginas impresas, porque tenía la impresión de que las líneas y los párrafos eran también dibujos, y solo había que completarlos.

Hacía círculos y tachaduras sobre los textos y luego seguía en los márgenes o en otras páginas, hasta que me cansaba.

Ni mi madre ni mi tía, que solo tenía quince años más que yo, me prohibían esas distracciones. No era que considerasen aquellos libros poco valiosos, sino al contrario. Querían que me acostumbrase a su compañía, antes incluso de poder leerlos. ¿Y qué importaba si los llenaba de dibujos o se desencuadernaban un poco?

—A los niños —solía decir mi madre— hay que darles todo el cariño que necesitan.

Y ella debía de saberlo, porque después de mí tuvo otros cinco.

Aprendí el abecedario en la escuela, que estaba a pocas calles de distancia, río arriba. Cada día, el maestro

dibujaba en la gran pizarra de la clase una letra nueva que debíamos copiar una y otra vez en nuestras pequeñas pizarras individuales.

Yo imaginaba que, cuando las borraba de mi pizarra, las letras se desvanecían también de mi memoria, y para siempre. Un día le conté ese temor a mi madre, que se echó a reír.

—Las letras no desaparecen, John —dijo—. Se quedan ahí. —Me tocó la frente—. Esperando a que vuelvas a escribirlas.

Un año empezamos a leer de verdad, hilvanando las letras para formar palabras. Para mí resultó bastante sencillo. Era como si las palabras estuviesen dormidas, y fueran despertándose y poniéndose en pie a medida que las pronunciaba.

En cambio, la mayoría de mis compañeros de clase no lo consiguió. Cada palabra se les antojaba un escollo, y sentían como si los libros fuesen sus enemigos y estuvieran allí para dificultarles la vida. Algunos solo aprendieron a leer a medias, y eso tras mucho esfuerzo.

Creo que, si a mí se me dio bien la lectura, fue gracias a mi temprana familiaridad con los libros. Siempre me gustó que pareciesen tan quietos y callados, y que al mismo tiempo fuesen tan elocuentes. Cierto que con frecuencia no entendía lo que leía, pero eso es algo que aún me sucede.

Solía llevarme libros a la cama y dormía rodeado de ellos, como si formasen una barricada. Cuando tenía

una pesadilla, los buscaba a tientas, los abrazaba y me quedaba tranquilo.

Una noche, esa afición estuvo a punto de costarme cara.

Quise alcanzar, para que me hiciera compañía en la cama, un volumen que sobresalía de uno de los estantes superiores y que me atraía por las bonitas filigranas del lomo. En lugar de pedir ayuda, me puse a trepar por la estantería.

Cuando ya estaba a punto de conseguir mi objetivo, y acababa de estirar el brazo, el borde de un estante crujió bajo mis pies y se partió como una rama seca. No pude agarrarme a nada. Caí al suelo, me golpeé en la cabeza y perdí el sentido.

Al abrir los ojos descubrí un rostro que me miraba fijamente, y que tardé en reconocer como el de mi padre.

«Es un sueño», fue lo primero que pensé, porque, como de costumbre, mi padre llevaba dos o tres años fuera.

—Ya ves cuánto te quiero —me dijo—, que he atravesado medio mundo tan pronto lo he sabido.

Intentaba bromear, pero se le notaba preocupado.

Luego me contaron que había vuelto hacía una semana, al día siguiente de mi caída, y apenas se había movido de mi cuarto.

Me dolía todo y estaba medio muerto de hambre, pero no me había roto ningún hueso, y mis males se



desvanecieron en cuanto eché a andar y comí un poco.

Antes de partir de nuevo, mi padre se ocupó de cambiar el estante y de asegurar la estantería, fijándola a la pared para que no pudiera moverse.

—Has tenido suerte de que se rompiera la tabla —me dijo—. Si toda la estantería se te hubiera caído encima, no lo habrías contado. ¿A quién se le ocurre ponerse a preparar como un mono para coger un libro?

Durante mucho tiempo, el pensamiento de que podía haber muerto hizo que me sintiese invulnerable.

Mi familia no era rica, ni tampoco pobre.

Cada vez que mi padre volvía de uno de sus viajes, traía consigo alguna mercancía fabulosa, que vendía enseguida y nos permitía prosperar durante una temporada: rebaños de ovejas liliputienses, de lana finísima; vacas gigantes, que podían alimentar a un ejército; sedas de araña increíblemente resistentes, más fuertes que las sogas de los barcos.

Eso, al menos, era lo que él nos contaba. He de decir, claro está, que yo nunca vi esas ovejas, ni esas vacas ni esa tela de araña, pero creía en ellas, porque mi padre era un narrador extraordinario y él mismo disfrutaba tanto o más que nosotros con el relato de sus aventuras.

Por suerte, los Gulliver teníamos otros bienes: unas tierras muy fértiles, en Epping, que producían unas sesenta libras al año, y una alegre taberna, el Toro Negro, que rentaba más o menos lo mismo.

Algún tiempo después de la partida de mi padre, que solía ocurrir, como mucho, a los tres meses de su llegada, mi madre daba a luz un nuevo hijo. Eso era motivo de gran alegría, sobre todo para ella, que disfrutaba mirándonos y viéndonos crecer, pero aumentaba los gastos familiares.

No había manera de que mi padre se quedara más tiempo en casa. Dos o tres meses le bastaban para demostrarnos su cariño y deslumbrarnos con el apasionante relato de sus viajes.

Pasado ese plazo, la tierra firme empezaba a abrasarle los pies, y se volvía caprichoso y malhumorado. Sus historias empezaban a repetirse, e incluso nos las contaba de otro modo.

—Pero, padre —intervenía yo—, eso no es lo mismo que dijiste anoche. Nos contaste que en la isla de Luggnagg habían descubierto el secreto de la eterna juventud y todos los habitantes eran jóvenes, y hoy nos vienes con que nunca mueren y siguen envejeciendo, por lo que todos sus habitantes son viejísimos.

—¿Dije eso, John? —preguntaba mi padre sin pestañear—. Entonces no me refería a la isla de Luggnagg sino a la de Glubbudbrib, donde, en efecto, toman una pócima, hecha de miel y de rocío, que les mantiene eternamente jóvenes. No es raro que me haya confundido, porque son dos islas del mismo archipiélago.

Cierta noche, él acababa de regresar de uno de sus viajes y mi madre se empeñó en que yo les leyese un

fragmento de la *Iliada*, de Homero, para mostrarle mis progresos.

De pie sobre una silla, recité ese pasaje en el que Héctor, príncipe de Troya, marcha al combate y se despide de su hijo pequeño, que se asusta y grita porque no le reconoce bajo el pesado casco de bronce, adornado con crines de caballo.

Una cosa me llevó a la otra.

—Padre —le dije al terminar—, quiero que me lleves contigo. Ya tengo diez años, y muchas ganas de recorrer los mares y de ver mundo. Esas ganas aumentan cada vez que vienes y nos describes las maravillas de Brobdingnag o de Balbinarbi. Si me fuera contigo, podría servirte de acompañante o de criado. Te ayudaría en lo que fuese. En cambio, aquí en casa me aburro y siento que estoy perdiendo el tiempo.

—Lo que te pasa —intervino mi madre, comprensiva— es que este curso has estudiado mucho, y ahora mismo estás cansado. Pero precisamente en el colegio es donde se aprenden las cosas a tu edad, no dando tumbos por los muelles.

—Tu madre tiene razón, John —dijo mi padre—. Lee y estudia si quieres convertirte en un hombre de provecho, como yo o quizá mejor. Además, aún no estás preparado para los peligros que hay que afrontar en un viaje tan largo. Allí, en Oriente —continuó, pensativo—, las tempestades son tan violentas que arrancan los mástiles de cuajo y hacen girar los barcos como si fueran

trompos. A veces, el calor es tan fuerte que el océano se pone a hervir y los tripulantes se quedan fritos, como en una sartén. Hay pulpos gigantescos que se agarran al casco con sus tentáculos e intentan arrastrarlo hacia el fondo. Por no mencionar a esos pueblos que practican el peor de los crímenes, la antropofagia. En la isla de Babilaria, sin ir más lejos, atraen a los náufragos con señales engañosas. Luego les dan caza, se los comen y hacen trofeos con ellos, que cuelgan de las paredes de las chozas.

—¿Como esa cabeza grande de toro que hay en la taberna del Toro Negro? —pregunté.

—Exactamente, John. Puedo considerarme afortunado por haber escapado de Babilaria y conservar aún esta cabeza que ves sobre mis hombros.

Siguió un buen rato hablándome de los peligros que uno encontraba en los viajes, y que no hacían sino aumentar mi deseo de partir. Pero yo insistí y al final pareció convencido.

—Está bien —accedió, solemne—. A tu edad, yo era como tú. La próxima vez vendrás conmigo.

Una mañana, al levantarme, lo eché de menos y pregunté por él.

Mi madre me contó que se había embarcado.

Fue como si recibiese un golpe.

—Pero ¿cómo es posible que se haya ido sin llevarme con él? Ni siquiera se ha despedido.

—Se despidió de mí —contestó mi madre, que no parecía entristecida—, y para ti me dio esta cajita.

Era una cajita de plata, y dentro había una hoja de papel doblado, que por fuera decía: «Para John Gulliver», donde había el siguiente texto:

Queridísimo hijo:

Sin duda pensarás que he faltado a mi palabra. La verdad es que iba a cumplirla, pero he cambiado de opinión. Estoy encantado de comprobar cuánto te pareces a mí mismo, tanto en tu aspecto como en tus gustos, pero en esos lugares a los que me dirijo la vida vale muy poco, si es que conserva algún valor, y no quiero poner en riesgo la tuya, que para mí y para tu madre, así como para la tía Annie, vale mucho. Crecerás y madurarás, tanto física como mentalmente, y un día viajaremos juntos y padeceremos los riesgos que haga falta, con tal de ver las maravillas de las que te he hablado, y tantas otras que aún no conozco.

Mientras llega ese día, aplícate, obedece a tu madre, cuida de tus hermanos y quiere a tu padre, que a su vez te quiere.

Recibe un beso muy fuerte,

Lemuel Gulliver

Pasé varios días enfurruñado, pero enseguida empecé a desear que volviera.

John vive en Londres, a orillas del río Támesis. Cuando su padre, el capitán Lemuel Gulliver, vuelve de sus largos viajes le habla de tierras remotas gobernadas por caballos parlanchines, de hombres que nunca envejecen ni mueren, de vacas gigantescas que pueden alimentar ejércitos, de sedas de araña más fuertes que las sogas de los barcos.

Un día, deseoso de ver con sus propios ojos esas maravillas, y harto de esperar a que su padre lo lleve en uno de sus viajes, John se embarca en su busca. En su travesía por medio mundo, naufraga en una isla donde los libros andan y se comportan como seres vivos.

Es la isla de los libros andantes.



1562533 ISBN 978-84-698-3621-7
9 788469 836217

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com